

# LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA MATERNIDAD DE MARÍA <sup>1</sup>

[THE PRESENCE OF THE HOLY SPIRIT  
IN THE MATERNITY OF THE VIRGIN MARY]

JAROSŁAW JASIANEK

SUMARIO: 1. MARÍA COMO SANTUARIO (SAGRARIO) DEL ESPÍRITU SANTO. 2. EL AMOR ENTRE EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA. 2.1. *María como la Esposa del Espíritu Santo*. 2.2. *La vinculación entre el Espíritu Santo y María*. 3. CONCLUSIÓN.

*Resumen:* En el artículo hemos mostrado con precisión las declaraciones de Juan Pablo II sobre la vinculación entre el Espíritu Santo y María. Hemos analizado el modo como Juan Pablo II percibe la presencia del Espíritu Santo en María, subrayando el significado que el Papa ofrece a los títulos marianos: «Santuario (sagrario) del Espíritu Santo» y «Esposa del Espíritu Santo». En este contexto nos interesó especialmente la aplicación a la doctrina mariana del concepto de esponsalidad como una faceta importante de la relación de María con el Espíritu Santo. La reflexión mariológica del Papa considera a María como signo viviente de la fidelidad pneumatológica.

*Palabras clave:* Espíritu Santo, María, Maternidad.

*Abstract:* In the article we have discussed the declarations of Pope John Paul II on the link between the Holy Spirit and the Virgin Mary with precision. The manner in which John Paul II understood the presence of the Holy Spirit in the Virgin Mary is analyzed, with emphasis on the significance which the Pope gave to the Marian titles: «Sanctuary (temple) of the Holy Spirit», and «Spouse of the Holy Spirit». In this context we were particularly interested in the application of the Marian doctrine on the concept of spoushood as an important quality in the relation between the Virgin Mary and the Holy Spirit. The Marian reflection of the Pope took Mary as the living symbol of pneumatological fidelity.

*Keywords:* Holy Spirit, Virgin Mary, Motherhood.

1. Este artículo está escrito bajo la inspiración del profesor Waclaw Siwak. Su magnífica reflexión mariológica está colocada en un amplio contexto teológico. Véase: W. SIWAK, *Fiat mihi secundum verbum*, Lublin 2001. Existen varios trabajos sobre la presencia de María en la enseñanza de Juan Pablo II. Sin embargo, la mayoría de ellos no toca el tema que nos ocupa *La relación entre el Espíritu Santo y María en el pensamiento papal*. Como ejemplo puede servir el artículo de D. BERTETTO, «María en el Magisterio de Juan Pablo II», publicado en *ScrTh* 20 (1988) 129-162, donde no se menciona dicha relación.

La base sobre la que se edifican todos los dogmas marianos es el dogma de la maternidad divina de María. En la Enc. *Redemptoris Mater* leemos que «(...) el dogma de la maternidad divina de María (...) es para la Iglesia como un sello del dogma de la encarnación (...)»<sup>2</sup>. El Papa incide reiteradamente en esta verdad fundamental de la fe. Juan Pablo II califica la maternidad de María como un misterio estrictamente dicho, ya que es superior a la capacidad de la sabiduría de los hombres.

La teología actual subraya la relación íntima entre el Espíritu Santo y María, que se manifiesta en la acción santificadora de la tercera Persona de la Trinidad en la vida de la Madre de Cristo. Como claramente enseña Pablo VI en *Marialis cultus*, dicha acción tiene su cumbre en el misterio de la Encarnación. También para Juan Pablo II la maternidad de María es la realidad más importante en la relación entre el Espíritu Santo y María.

En la «Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Episcopado de la Iglesia católica con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Éfeso», el Romano Pontífice escribió lo siguiente:

«(...) la obra más grande realizada por el Espíritu Santo, a la cual todas las demás se refieren incesantemente, acudiendo a ella como a una fuente, es precisamente la de la encarnación del Verbo Eterno, por obra del mismo Espíritu en el seno de la Virgen María. Cristo, Redentor del hombre y del mundo, es el centro de la historia: “Jesucristo es el mismo, ayer y hoy...” (cfr. Heb 13, 8). Si nuestros pensamientos y nuestros corazones permanecen dirigidos a Él (...), por esto mismo están dirigidos al Espíritu Santo, por obra del cual ha tenido lugar su concepción humana; y se dirigen también hacia Aquella, por la cual fue concebido y de la cual nació: la Virgen María. Precisamente los aniversarios de los grandes Concilios guían este año de manera especial nuestros pensamientos y nuestros corazones hacia el Espíritu Santo y hacia la Madre de Dios, María. Y si recordamos cuánto júbilo y regocijo suscitó hace 1550 años en Éfeso la profesión de fe en la maternidad divina de la Virgen María (Theo-tokos), comprendemos que en aquella profesión de fe fue glorificada al mismo tiempo la obra particular del Espíritu Santo: esto es, la que incluye tanto la concepción humana y el nacimiento del Hijo de Dios

2. *Redemptoris Mater (RM)* 4.

por obra del Espíritu Santo, como, siempre por obra del mismo Espíritu Santo, la maternidad santísima de la Virgen María»<sup>3</sup>.

Esta declaración papal presta atención a la explicación pneumatólogica de la maternidad divina de María, porque la «Theotokos» encuentra su explicación en la realidad de la venida del Espíritu Santo sobre María en Nazaret. María es «Theotokos» y lo es siempre en relación con el Espíritu Santo, porque el Hijo de Dios fue concebido por obra del Espíritu Santo. Siendo la Madre de Jesús-hombre, es también la Madre de Dios y por esto se puede llamar a María como «Theotokos», «Christotokos» y la Madre de Jesús.

El misterio de la Encarnación, vértice de la comunión de Dios con el género humano, es la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación y, como subraya Juan Pablo II, es «(...) la suprema gracia-la gracia de la unión-fuente de todas las demás gracias (...)»<sup>4</sup>. En la intimidad del misterio trinitario, la tercera Persona es «amor y don increado» y «fuente» de todas las virtudes de Dios a las criaturas; es el principio inmediato y, en cierto sentido, el sujeto mediante el cual Dios se comunica<sup>5</sup>.

La concepción y el nacimiento de Cristo son la gracia suprema que ha realizado la unión del Hijo de Dios con la humanidad. «La plenitud de los tiempos» (cfr. Gal 4, 4), en la que se ha realizado la Encarnación, coincide con la plenitud de la comunicación de Dios a través del Espíritu Santo<sup>6</sup>. Por Su voluntad se cumple la unión hipostática, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en la única Persona del Verbo, cuando María concibe virginalmente a Jesús.

«En el Espíritu, la donación que el Altísimo hace de sí mismo, “consagra” a todos los seres humanos y al universo entero. Esta obra de

3. JUAN PABLO II, «Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Episcopado de la Iglesia católica con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Éfeso», *L'Osservatore Romano (LOR)* 14 (1981) 18; véase también *Acta Apostolicae Sedis*, Città del Vaticano (AAS) 73 (1981) 513-527.

4. *Dominum et Vivificantem (DeV)* 50.

5. Cfr. F. GIARDINI, *Il Dio che ci dà la vita. Commento all'enciclica «Dominum et vivificantem»*, Milano 1989, 101-104.

6. A «la plenitud de los tiempos» corresponde, en efecto, una especial plenitud de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo. «Por obra del Espíritu Santo» se realiza el misterio de la «unión hipostática» (...) cuando María en el momento de la anunciación pronuncia su «fiat», *DeV* 50.

santificación, es decir, la “comunicación de la vida divina”, es la propiedad que distingue al Espíritu Santo de las otras Personas de la Trinidad. El Espíritu Santo es realmente “Dominus et vivificans”. La vida sobrenatural se adapta a la limitación propia de las criaturas, para ser recibida en manera conveniente. Cuando es efectivamente recibida, las invade de una vida absolutamente nueva, que es divina por participación»<sup>7</sup>.

María es aquella que más que ninguna experimenta la presencia renovadora del Espíritu de Dios. El anuncio del ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti» (Lc 1, 35), indica que la fuerza divina se está apoderando del ser de María para hacerla capaz de una maternidad que tiene como término el Verbo. María viene a ser enaltecida por una función salvífica que «toca los límites de la divinidad (...) y que la compromete enteramente: cuerpo y espíritu, sentimiento y libertad, mente y corazón, orientándola y proyectándola armoniosamente a la generación humana del Hijo de Dios»<sup>8</sup>.

En la carta al Episcopado de la Iglesia, Juan Pablo II valora primordialmente el dogma de la maternidad divina de María, del cual dependen los demás misterios marianos. En el fragmento citado, el Papa subraya que en la Encarnación, la acción del Espíritu Santo era particular. La maternidad divina de María fue posible gracias al Espíritu Santo, no gracias al hombre. Sin embargo, el Espíritu Santo no es un padre engendrador, un padre biológico, sino la fuerza gracias a la cual Jesús fue concebido en el vientre de María<sup>9</sup>. Cristo recibió de María la naturaleza humana siendo eterno Hijo de Dios, no necesitando tener otro padre porque ya tenía uno: El Padre celestial.

Desde el principio de su vida, María vive su maternidad divina bajo el impulso glorificante de la tercera Persona de la Trinidad Santa, consagrando su propia persona a la obra salvífica de Cristo<sup>10</sup>. Sin la conciencia de la acción del Paráclito, que preparó la venida del Mesías en la

7. Cfr. A. FUSI, *Ha creduto meglio degli altri*, Milano 1999, 182 s.

8. *Ibid.*, 183.

9. Cfr. M. SCHMAUS, «María», en AA.VV., *Herders Theologisches Taschenlexikon*, IV, Freiburg 1972, 379. «Ciertamente, el Espíritu es la fuerza que impulsa a Dios a salir de sí mismo, a crear, a revelarse, y hasta a encarnarse», F.X. DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca 1990, 13.

10. «En María el Espíritu Santo desciende y obra —hablando cronológicamente— ya antes de la Encarnación, es decir, desde el momento de su inmaculada concepción», JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo. Catequesis sobre el Credo*, Madrid 1998, 196.

Encarnación, no podríamos captar la profundidad de la experiencia pneumática de la Madre de Cristo, y pondríamos entre paréntesis la experiencia que el Paráclito promueve con ella en los tiempos de la Nueva Alianza<sup>11</sup>.

El fruto de la acción del Espíritu Santo es la plenitud de la gracia que preparó a María para ser santa e inmaculada Madre de Dios<sup>12</sup>. El significado de la expresión «llena de gracia», en el contexto del vínculo que hay entre el Espíritu Santo y Santa María, lo encontramos en *Redemptoris Mater*. Juan Pablo II escribe:

«Cuando leemos que el mensajero dice a María “llena de gracia”, el contexto evangélico (...) nos da a entender que se trata de una bendición singular entre todas las “bendiciones espirituales en Cristo”. En el misterio de Cristo, María está presente ya “antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como Madre de su Hijo en la Encarnación, confiándola eternamente al Espíritu de santidad»<sup>13</sup>.

Este orden divino de la Redención hace que se pueda decir a María: «Filia Tui beati Filii»: «Hija de tu bienaventurado Hijo». Esto se explica con el misterio de la inmaculada concepción<sup>14</sup>. María estaba plenamente «introducida» por participación en la vida de la Santísima Trinidad, de modo que por el Espíritu Santo se hacía hija del Padre «en el Hijo».

Juan Pablo II subraya que el Espíritu Santo preparaba a María para ser la Madre de Dios a través de la virginidad<sup>15</sup>.

11. Cfr. J.C. CERVERA, «El Espíritu Santo prepara en María la morada del Hijo», en AA.VV., CONGRESO MARIANO NACIONAL, *María, evangelio vivido. Zaragoza 1998*, Madrid 1999, 494.

12. «(...) la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser madre de Cristo, *RM* 9. La plenitud de gracia significa la Maternidad Divina. La plenitud de gracia significa también la Inmaculada Concepción. La Inmaculada Concepción es con miras a la Maternidad Divina. Éste es el orden de la gracia, es decir, de la economía salvífica de Dios», JUAN PABLO II, «El misterio de la Inmaculada Concepción», *LOR* 51 (1984) 24.

13. *RM* 8.

14. Cfr. *ibid.*

15. «María da su consentimiento a la elección de Dios, para ser la madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este consentimiento suyo para la maternidad es sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad», *ibid.*, 39; cfr. *RM* 20. «El Espíritu Santo la preparó para su maternidad extraordinaria por medio de la virginidad, porque, según el plan eterno de Dios, un alma virginal debía acoger al Hijo de Dios en su encarnación», JUAN PABLO II, *Creo en la Iglesia. Catequesis sobre el Credo*, Madrid 1997, 604.

«En el acontecimiento de la divina maternidad, María se presenta como la “llena de gracia”, la que es integralmente virgen. Es la primera cristiana, internamente orientada a la voluntad de Dios. María es la Virgen por excelencia, no sólo por indicar que cooperó con el Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo<sup>16</sup>, sino, sobre todo, por precisar en qué modo iba a contribuir: con la plenitud del don de sí misma, libre y consciente.

Tal misterio “histórico” (...) *se desarrolla a nivel “sacramental” en la Iglesia y a nivel “moral” en la singular y particular alma creyente. María, en su cualidad de “Virgo-Mater” que genera a Cristo por obra del Espíritu Santo, aparece al pueblo de Dios y al fiel como “modelo” o “ejemplar perfecto”*<sup>17</sup>. El nacimiento histórico de Cristo es un nacimiento “espiritual” (por obra del Espíritu Santo) y “virginal” (de María Virgen). Refiriéndose a este hecho, el artículo del Símbolo aparece como el fundamento y el modelo del nacimiento “sacramental” de Cristo, por obra del Espíritu Santo, de la Iglesia virgen, y del nacimiento “moral” o “místico”, siempre con obra del mismo Espíritu Santo, del alma creyente»<sup>18</sup>.

Su decisión de conservar la virginidad, es fruto de una gracia especial del Espíritu Santo<sup>19</sup>. María era capaz de guardar su virginidad gracias a la fuerza de la tercera Persona de la Trinidad<sup>20</sup>.

Ella experimentó al Espíritu Santo en la Anunciación<sup>21</sup> y en este momento recibió la plenitud del Espíritu Santo. Esta plenitud especial significa sobre todo la plenitud de la oración<sup>22</sup>; la oración de María es al mismo tiempo plegaria de María y plegaria del Espíritu Santo.

16. Cfr. SAN IRENEO, *Adversus haereses* 3, XXI, 7: PG 7, 953.

17. A. FUSI, *Ha creduto...*, cit., 188.

18. Cfr. R. CANTALAMESSA, «La nascita di Gesù per opera dello Spirito Santo dalla Vergine Maria», en *ViCons* 21 (1985) 874 s.

19. «Por lo que se refiere a la decisión de María a favor de la virginidad, nos damos cuenta mejor que se debe a la acción del Espíritu Santo (...», JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, 93. «Así pues, se debe afirmar que lo que guió a María hacia el ideal de la virginidad fue una inspiración excepcional del mismo Espíritu Santo (...», JUAN PABLO II, *La Virgen María*, Madrid 1998, 119.

20. «La maternidad de María era sin embargo, plena y exclusivamente, el fruto de la acción del Espíritu Santo (...). Con el poder del Espíritu María ha conservado —junto con la maternidad— la virginidad, elegida libremente como signo de la invisible dedicación a Dios», JUAN PABLO II, «¡Que el año 1991 sea el año de la paz!», *LOR* 1 (1991) 10.

21. «María es la primera que experimentó esta venida del Espíritu, en la hora de la Anunciación», JUAN PABLO II, «María, Madre del Perpetuo Socorro para el mundo y para la Iglesia», *LOR* 23 (1987) 419.

22. «(...) María (...) había recibido al Espíritu Santo con plenitud eminente. La plenitud particular del Espíritu Santo determina en Ella una particular plenitud de ora-

En el misterio de la Anunciación, Dios espera el «sí» de María para realizar la obra de la Encarnación, porque la Encarnación incluye el acto de la libre voluntad humana. Sin embargo, la respuesta de María también es el resultado de la acción del Espíritu Santo en ella misma, y además expresa el amor que nace en el hombre como consecuencia de la presencia del Espíritu Santo que es Amor<sup>23</sup>; en María todo está transformado en Amor. En efecto, de la cooperación con el Espíritu Santo, María de modo libre y personal entra en proximidad absoluta —histórica y ontológica— con el hecho originario del cristianismo, que es la encarnación del Verbo divino.

Por esto, merece la pena poner de manifiesto la interpretación pneumatológica de la Inmaculada Concepción expresada por el Papa:

«En María el Espíritu Santo desciende y obra —hablando cronológicamente— ya antes de la Encarnación, es decir, desde el momento de su inmaculada concepción. Pero esto tiene lugar en orden a Cristo, su Hijo, en el ámbito supra-temporal del misterio de la Encarnación. La concepción inmaculada constituye para Ella, de forma anticipada, la participación en los beneficios de la Encarnación y de la Redención, como culmen y plenitud del “don de sí” que Dios hace al Hombre. Y esto se realiza por obra del Espíritu Santo»<sup>24</sup>.

El Papa, distinguiendo ambos misterios, no oscurece su unión. La concepción virginal de Jesús y la concepción inmaculada de María revelan el misterio del principio en el mismo Espíritu Santo y en Él está la fuente de los dos misterios reflexionados por el Romano Pontífice. Entonces, el Espíritu Santo es un «puente» entre el misterio de la inmaculada concepción y la maternidad divina de María: primeramente como el Espíritu de la santidad y después como el Espíritu de la fuerza, gracias a la cual el «Santo» que nacerá de ella será llamado Hijo de Dios (cfr. Lc 1, 35).

Parece que Juan Pablo II presenta dicha unión desde el punto de vista de la concepción de Jesús. Esto permite tomar en consideración que la santidad del principio (origen) de Jesús, de antemano incluye a

ción», JUAN PABLO II, «Meditar con María los misterios de la Redención rezando el Rosario», *LOR* 41 (1983) 9.

23. «Es también la acción del Espíritu Santo lo que suscita en ella la respuesta, en la que se manifiesta un acto consciente de la libertad humana», JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 199.

24. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 196.

María. El Espíritu Santo que comenzó en ella la vida del Hijo de Dios, ya antes la santificó por Su acción. La concepción inmaculada es la obra del Espíritu Santo y cuando la Iglesia fija su mirada en María llega más lejos, es decir, no sólo al comienzo terrenal de María, no sólo al comienzo de la historia del hombre. Llega todavía más lejos: «(...) Al eterno pensamiento y amor divinos, en el que María fue concebida antes, infinitamente antes, de su concepción en la tierra»<sup>25</sup>. Por esto, la liturgia de la inmaculada concepción aplica a María la paráfrasis de las palabras del libro de Sirácida<sup>26</sup>.

Esto encuentra su fundamento en el Evangelio, que llama a María la «llena de gracia» antes de la concepción del Hijo. La Encarnación por obra del Espíritu Santo incluye a María desde el principio de su vida en la Concepción Inmaculada.

El efecto antropológico de la relación entre el Espíritu Santo y María en el misterio de la concepción inmaculada, es muy interesante. Juan Pablo II dice que la Inmaculada Concepción es la realización más perfecta de la acción del Espíritu Santo que la forma «(...) nueva criatura, tierra incontaminada, templo del Espíritu»<sup>27</sup>. En el misterio de la Inmaculada Concepción, el nacimiento del hombre coincide con renacimiento del Espíritu. Mientras los demás renacen en el bautismo (es decir, después del nacimiento), María ya es «nueva criatura» por su concepción. Lo realizó en ella el Espíritu Santo y gracias a Él, María concibió *initium mundi melioris*—Jesucristo—. Este *initium mundi* encontró su primera expresión en el misterio de la Inmaculada Concepción, cuando en María la gracia venció el pecado<sup>28</sup>.

El Espíritu Santo se comunicó a María desde el comienzo de su existencia y esto significa que desde el momento de su concepción sucedió en ella el encuentro con el Espíritu, es decir, en ella era superado el pecado original y sus consecuencias. En la historia de María, la soledad del hombre que tiene su origen en el pecado, era desde el principio absorbida por dicho encuentro. La existencia entera de María llegó a ser

25. JUAN PABLO II, *Juan Pablo II habla de la Virgen*, Pamplona 1982, 272.

26. «Él la creó con su Santo Espíritu (...) y la difundió en todas sus obras» (Sir 1, 9).

27. JUAN PABLO II, «La Inmaculada Concepción», *LOR* 50 (1983) 1.

28. Cfr. JUAN PABLO II, «En María comenzó la “renovación de la tierra”», *LOR* 25 (1984) 4.

una existencia pneumática. La inmaculada concepción es el comienzo de un mundo nuevo, animado por el Espíritu, es decir, plenitud de amor.

Desde esta perspectiva, el dogma sobre la concepción inmaculada de María podemos entenderlo no solamente de manera negativa (la libertad del pecado original), sino también positiva como la santidad de María desde el principio, es decir, María está llena del Espíritu Santo desde el primer momento de su concepción y dispuesta a ser la Madre de Dios<sup>29</sup>.

El Romano Pontífice define la concepción de Jesús como el fruto de la colaboración de María con la tercera Persona de la Trinidad Santa:

«El ministerio de la Encarnación muestra también la incomparable grandeza de la maternidad virginal de María: la concepción de Jesús es fruto de su cooperación generosa en la acción del Espíritu de amor, fuente de toda fecundidad»<sup>30</sup>.

La obra del Espíritu Santo es «(...) la obra suprema del Amor divino, realizada en la absoluta gratuidad de la gracia, para comunicar a la humanidad la plenitud de la salvación en Cristo: efectos todos ellos atribuidos al Espíritu Santo»<sup>31</sup>. En el misterio de la Encarnación se manifiesta plenamente la fuerza del Espíritu Santo<sup>32</sup>. El Espíritu de Dios se adueña de María no sólo espiritual, sino también corporalmente, es decir, consagra toda su persona: su mente y cuerpo. Si el Espíritu Santo es el poder de Dios, María se convierte en una expresión del Espíritu Santo. La Encarnación es un momento del poder y de la realidad de Dios entre los hombres. Por eso, María no es sólo «Theotokos» y no es sólo «Pneumatophoros», sino también «Pneumatiformis».

El Romano Pontífice utiliza varios términos para presentar la participación de la tercera Persona de la Trinidad en la Encarnación. Las expresiones que presentaremos abajo, hablan sobre el papel esencial del Espíritu Santo en la creación de la unión hipostática, la santidad, la humanidad y la concepción de Jesús. El Papa dice que María concibió

29. Cfr. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 194-198.

30. JUAN PABLO II, *La Virgen María*, cit., 121.

31. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 206.

32. «Este poder, que en la vida trinitaria de Dios es Amor, manifestándose en su grado supremo en el misterio de la Encarnación, tiene la tarea de dar el Verbo encarnado a la humanidad», JUAN PABLO II, *La Virgen María*, cit., 121.

«del Espíritu»<sup>33</sup>, «en el poder del Espíritu»<sup>34</sup>, «en virtud del Espíritu Santo»<sup>35</sup>, «por obra del Espíritu Santo»<sup>36</sup>, gracias a «la intervención del Espíritu Santo»<sup>37</sup>, «por medio del Espíritu»<sup>38</sup>, gracias a «la acción del Espíritu Santo»<sup>39</sup>.

En su catequesis sobre la tercera Persona de la Trinidad Santa Juan Pablo II escribió:

«No se trata sólo de aquel “soplo de vida” que es la característica de los seres vivos, sino también de la vida propia de Dios mismo: la vida divina. El Espíritu Santo que está en Dios como soplo de Amor, Don absoluto (no creado) de las divinas Personas, en la Encarnación del Verbo obra como soplo de este Amor para el hombre: para el mismo Jesús, para la naturaleza humana y para toda la humanidad»<sup>40</sup>.

La maternidad de María está ligada al Espíritu vivificante que en Su acción de plenitud, es la fuente universal de ser y de vida. Es «el Espíritu de vida» (cfr. Rom 8, 1), porque santificar es tanto como vivificar. Como se puede observar, el Papa ve en el Espíritu Santo a Aquel que en la Encarnación da vida. Más aún, el Espíritu Santo se revela como Aquel que da a Jesús la vida humana y también como Aquel que por razón de la unión hipostática, da a Jesús la vida divina que produce unos efectos que no podría producir sin el Espíritu.

Juan Pablo II considera la obra del Espíritu Santo en la Encarnación como «la obra más grande<sup>41</sup>, magnífica y más perfecta (...) más espléndida realizada por el Espíritu Santo mediante la encarnación (...). Así, pues, la obra del Espíritu Santo, la obra más perfecta en la historia de la creación y de la salvación, está constituida simultáneamente por el hecho de que el Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Padre Eter-

33. Cfr. JUAN PABLO II, «La encarnación del Verbo, el Espíritu Santo y la Virgen», en JUAN PABLO II, *Enseñanzas al pueblo de Dios*, Madrid, IX, 49.

34. Cfr. JUAN PABLO II, *Creo en Jesucristo, Catequesis sobre el Credo*, Madrid<sup>3</sup>1997, 119.

35. Cfr. JUAN PABLO II, *Juan Pablo II habla...*, cit., 175.

36. Cfr. JUAN PABLO II, *La Virgen María*, cit., 60.

37. Cfr. JUAN PABLO II, *Creo en Espíritu Santo...*, cit., 190.

38. Cfr. JUAN PABLO II, «La encarnación del Verbo...», cit., 49.

39. Cfr. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 193.

40. JUAN PABLO II, *ibid.*, 204.

41. «En efecto, la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación», *DeV*50.

no, se ha hecho hombre, y que María de Nazaret, la esclava del Señor, de la estirpe de David, ha llegado a ser la verdadera Madre de Dios: Theotókos»<sup>42</sup>. Podemos decir que la obra del Paráclito en María es suma gracia que la prepara para acoger al Verbo en su seno maternal y en su personalidad humana y espiritual. La Encarnación no es sólo un episodio, sino que en la historia de la salvación, la Encarnación es de manera explícita una magnitud histórico-salvífica.

Juan Pablo II percibe una novedad en el Nuevo Testamento respecto a la venida del Espíritu Santo. En el Evangelio según San Lucas, el Espíritu Santo desciende sobre María-mujer. En opinión del Papa, este detalle subraya el papel de la mujer en la Encarnación y la vinculación entre el Espíritu Santo y la mujer:

«De esta novedad forma parte también el hecho de que la venida del Espíritu Santo esta vez atañe a una mujer, cuya especial participación en la obra mesiánica de la salvación se pone de relieve»<sup>43</sup>.

La novedad es muy significativa, porque el Antiguo Testamento trata solamente de la venida del Espíritu Santo sobre el Mesías. La mujer-María es la primera persona de la humanidad, en su apertura hacia el misterio trinitario. María no aparece como algo aparte, sino como la mujer privilegiada de Dios y preparada expresamente para ser una madre digna del Hijo de Dios y por esto María de Nazaret tendrá que ser su punto de referencia en la antropología, siendo un modelo para el hombre de hoy. El Papa, como se puede observar, valora los aspectos antropológicos dentro de la mariología, descubriendo la «cercanía» entre María y la humanidad. En efecto, presenta a María como una auténtica criatura humana, y más en concreto, como una mujer.

El Papa, subrayando la cooperación de María con la tercera Persona de la Trinidad Santa, llama a María «(...) primera cooperadora del poder del Altísimo, que la ha cubierto con su sombra en el momento del anuncio de la luminosa venida del Espíritu (cfr. Lc 1, 35)»<sup>44</sup>.

De ese modo en María se realizan: la demostración de la soberanía de Dios y también la vocación a la colaboración del hombre en el orden

42. JUAN PABLO II, «María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia», *LOR* 24 (1981) 3.

43. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 192.

44. JUAN PABLO II, «Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Episcopado de la Iglesia católica...», 17.

de la aceptación. La presencia del Espíritu Santo en María la transforma hasta la reciprocidad. El Espíritu Santo comunica a María la fuerza infinita de Su amor para que conciba y así se convierta en Madre de Dios y participe activamente en la realización del plan divino de salvación. El Espíritu Santo obra en consonancia con María y viceversa, por el hecho de que la misma acción se atribuye, sin confusión, a uno y a otro, en cuanto término de la única cooperación divino-humana. Tanto el «sí» de Nazaret, cuanto la concepción y el crecimiento de Jesús en el seno de la madre se han cumplido en virtud del Paráclito, por Su mediación. Este discurso, que vale particularmente para la Encarnación, debe ser el mismo para toda la función que la Virgen, «socia et humilis ancilla» del Señor, ha desempeñado durante la vida entera de Cristo.

María es la primera cooperadora del Espíritu Santo por su función, que se sitúa en la contribución<sup>45</sup> de su maternidad y de su fe al ser humano del Verbo divino. María, que tiene una función única, particular y singular, ofrece por eso mismo una colaboración del todo singular y peculiar a la obra salvífica. Así el Espíritu Santo es como «finalización» de todo el divino proceso dinámico-personal.

El Espíritu creador siempre se mueve en relación con la Alianza: su misión es actuar para que el Verbo pueda habitar en el mundo. María colabora con este Espíritu. Las misiones de ambos están en armonía y así, el Espíritu puede alcanzar plenamente a María y puede realizar Su obra a favor del mundo y de los hombres. Sin embargo, hay que recordar que María colabora con el Espíritu en su propio nivel de responsabilidad y de acción, porque ella es criatura y lo sigue siendo. María acoge al Espíritu con toda la riqueza de su ser, presta su total adhesión de fe y da respuesta en el Espíritu a la propuesta de Dios<sup>46</sup>.

Resumiendo, podemos decir que, mediante la cooperación del Espíritu Santo y de la Virgen, el Hijo de Dios asume la naturaleza humana y entra en la historia de los hombres, irrumpiendo en la vida de la madre para transformarla radicalmente. El Espíritu Santo reviste a María

45. La contribución de María no se limita en la Encarnación, sino a través de la Encarnación llega a todo el misterio redentor de Cristo. El «sí» de María significa la contribución a todo el misterio de Cristo, porque la Encarnación funda la totalidad del dicho misterio.

46. Cfr. P. FERLAY, *María, madre de los hombres*, Santander 1987, 90-94.

con todos Sus dones y la eleva a una altura de vértigo a fin de que pueda acoger convenientemente al Verbo de Dios que viene a encarnarse en María.

El Padre, que ha destinado a María para ser la Madre del Señor, continúa asistiéndola con la abundancia de Sus dones para que pueda responder adecuadamente a su extraordinaria vocación. Ella pone a disposición de Dios las primicias de su feminidad virginal: su amor, su sensibilidad y su capacidad de decisión. Descendiendo sobre ella, el Espíritu Santo la vivifica mucho más que a los personajes carismáticos del pasado y la hace capaz de obrar como mujer perfecta y como madre del Cuerpo entero de Cristo.

## 1. MARÍA COMO SANTUARIO (SAGRARIO) DEL ESPÍRITU SANTO

Para expresar la vinculación entre el Espíritu Santo y María, los Padres de la Iglesia y los autores cristianos formularon varios títulos marianos que son sinónimos, por ejemplo: «El Santuario (“Sacrarium”) del Espíritu Santo»<sup>47</sup>; «el Templo del Espíritu Santo»<sup>48</sup>; «la morada del Espíritu Santo»<sup>49</sup>. Juan Pablo II (como lo hizo el Concilio Vaticano II)<sup>50</sup> también a veces utiliza dichos títulos:

(...) María es «madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo» (...) <sup>51</sup>.

En ella, «templo del Espíritu Santo», brilla (...) todo el esplendor de la nueva criatura <sup>52</sup>.

Dicha expresión mariana significa que la presencia del Espíritu Santo llena a la Madre de Dios y que Él vive en María como en un san-

47. Cfr. SAN ISIDORO DE SEVILLA, *De ortu et obitu Patrum* 67 III, PL 83, 148.

48. Cfr. H. DE FROIDMONT, *Sermo XIX. In Assumptione BMV*, PL 212, 638; R. DE DEUTZ, *De glorificatione Trinitatis VII, 13*, PL 169, 155; SAN ANDRÉS DE CRETA, *Oratio V. In sanctissimae Deiparae Dominae nostrae Annuntiationem*, PG 97, 896.

49. Cfr. SAN JUAN DAMASCENO, *Homilia in nativitatem B. V. Mariae*, PG 96, 676.

50. Cfr. LG 53.

51. RM 9.

52. VC 28. Este término aparece también en JUAN PABLO II, «María, modelo de perfección», LOR 11 (1988) 11; «Oración de Juan Pablo II para el primer año de preparación al gran jubileo», LOR 49 (1996) 2; «Te encomendamos las víctimas de la injusticia de la violencia y de las catástrofes», LOR 28 (1986) 9; *La Virgen María*, cit., 215, 223.

tuario. Según el Papa, este título muestra el vínculo existente entre el Espíritu Santo y María, «(...) el vínculo de presencia, de amor y de colaboración (...)»<sup>53</sup>. La presencia de la tercera Persona de la Trinidad Santa en María tiene dimensión dinámica. Por esto, María no es sólo una morada del Espíritu Santo, porque ella es a la vez una criatura que se deja fecundar por el Espíritu y a la vez una respuesta activa a esa acción con su don maternal. En consecuencia, esta presencia suscitó el misterio de la Encarnación. La palabra «santuario» tiene un gran significado y expresa la relación más íntima entre el Espíritu Santo y María, porque santuario (sagrario) es la parte más santa del templo. Usando la palabra «el santuario», al mismo tiempo se subraya la extraordinaria santidad de María, porque santa es la persona que tiene en sí el Espíritu Santo; santo es el seno de María que bajo la acción del mismo Espíritu engendra al Hijo de Dios. María es el Santuario o el Sagrario del Espíritu Santo precisamente por ser Madre de Dios<sup>54</sup>.

Según K. Wittkemper, Juan Pablo II percibe la presencia del Espíritu Santo en María en la dimensión de la gracia<sup>55</sup>. La gracia, como la «comunicación salvífica de Dios», tiene su cumbre en la Encarnación. María se convirtió en la «llena de gracia» y la Madre del Hijo de Dios. La plenitud de la gracia en María es «(...) el fruto de una primera acción del Espíritu Santo como preparación al misterio de la Encarnación»<sup>56</sup>. María es establecida en la gracia, que en ella podríamos llamar habitual. Esta gracia santifica a María con la presencia inabitante del Espíritu Santo y asimila a María con Dios en cuanto que la asocia con Él en la Encarnación de Cristo<sup>57</sup>.

El Romano Pontífice subraya que Dios se hace presente en el hombre cuando éste se abre a Él «(...) y le acoge recibiendo el don de la gracia, por el cual puede conocerle y amarle sobrenaturalmente, como Huésped del alma, convertida en su templo santo [*sacrarium*]»<sup>58</sup>. Es la fuerza del Espíritu de Dios la que le permite al hombre abrirse a la fe y

53. JUAN PABLO II, *La Virgen María*, cit., 215 s.

54. Cfr. «*Lumen Gentium*» (LG) 53.

55. Cfr. K. WITTKEMPER, «Dreifaltigkeit I. Dogmatik», en R. BÄUMER-L. SCHEFFCZYK, *Merienlexikon*, II, EOS Verlag Erzabtei St. Ottilien 1989, 239.

56. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 193.

57. Cfr. W. SIWAK, *Fiat mihi...*, cit., 165-169.

58. *Ibid.*, 195.

perseverar en ella, lo que le permite ser persona en cuanto que se abre y se da. Sin embargo, hay que subrayar que el Espíritu es apertura y donación<sup>59</sup>. El Espíritu Santo es el «agente» de la nueva vida. Es una visión de gran apertura mística, ya que todos los hombres, por la fidelidad al Espíritu Santo, pueden volver en cierto modo a aquella «justicia original» que se manifiesta en María. Dios realizó Su presencia extraordinaria y perfecta en la humanidad de Jesús y en María<sup>60</sup> habitando en ella. Entonces, el Espíritu Santo, como señala el Papa (...) «aparece como Aquel que, en cierto sentido supera la distancia entre Dios y el hombre. Es la Persona en la que Dios se acerca al hombre en su humanidad para donarse a él en la propia divinidad, y realizar en el hombre —en todo hombre— un nuevo modo de unión y de presencia»<sup>61</sup>. Según Juan Pablo II, María es el Santuario, es decir, el Santuario del Espíritu Santo, unida con Dios por su maternidad, entregada completamente a Dios por su virginidad. Ella, gracias al Espíritu Santo, se convirtió en el tipo luminoso de la relación entre el hombre y Dios. María se convierte en el Santuario en el que resuena la voz profética por las grandes cosas que Dios ha hecho en ella; el Santuario en el que resuenan los cantos y profecías con la novedad del Espíritu Santo que vive en ella<sup>62</sup>.

## 2. EL AMOR ENTRE EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA

Analizando el pensamiento del Obispo de Roma, se puede percibir que —respecto a María— aparece más frecuentemente el título de «la Esposa del Espíritu Santo» (o también «Virgen del Espíritu Santo»)<sup>63</sup>, porque ella es el modelo de la unión nupcial del Espíritu Santo con to-

59. Cfr. F.X. DURRWELL, *El Espíritu Santo...*, cit., 15.

60. «Se puede decir que Dios realiza una unión y una presencia especial y privilegiada en María en la Encarnación del Verbo (...), JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 195.

61. *Ibid.*, 196.

62. Para un estudio general sobre el título «sagrario del Espíritu Santo», cfr. J. POLO, «María, sagrario viviente del Espíritu Santo», *ScrTh* 19 (1987) 683-727.

63. Por ejemplo: *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 45, 201, 223; *La Virgen María*, cit., 61, 216; *María, Madre de Dios...*, cit., 4; «El sacerdocio ministerial», *LOR* 23 (1980) 16; «Cristo identifica el adulterio con el pecado», *LOR* 33 (1980) 3; «La glorificación de la Virgen», *LOR* 34 (1989) 8; «María, testigo de Jesús, nos precede en el camino de la fe», *LOR* 36 (1989) 9; «El reino de Dios se revela mediante la vocación a la vida consagrada», *LOR* 40 (1994) 2; *Juan Pablo II habla...*, cit., 176.

da la humanidad. Las reflexiones del Papa sobre este título pneumatológico-mariano nos pueden mostrar su modo de ver la relación entre el Espíritu Santo y María<sup>64</sup>. El título «Esposa del Espíritu Santo» concentra como en una lente las ideas teológicas del Papa.

Para entrar en el origen de dicha cuestión, parece justificable comenzar por la historia del título «Esposa del Espíritu Santo», aunque es bastante difícil constatar quién creó este título. El sentido aproximado del título se puede encontrar ya en un sermón de Pseudo-Metodio de Olimpia (siglo V)<sup>65</sup>. Según K. Wittkemper<sup>66</sup>, dicha expresión aparece más tarde en un sermón de Pseudo-Ildefonso (siglo VIII)<sup>67</sup>. Sin embargo con esta afirmación no está de acuerdo R. Laurentin<sup>68</sup>. En su opinión, el autor no usó literalmente el título «Sponsa Spiritus Sancti». R. Laurentin tiene razón, pero hay que señalar que en la obra de Pseudo-Ildefonso, el Espíritu Santo «llama» a María como Su esposa. Generalmente, se acepta que el título mariano lo usó por primera vez en su sermón un autor llamado Cosmas Vestidor (siglo VIII). Citamos ahora este fragmento: «Joaquín, el hombre de deseos del Espíritu (...), sobrecogido por el deseo de tener un hijo, engendró a la Esposa del Espíritu Santo»<sup>69</sup>. Basándose en los estudios de O. Rinden<sup>70</sup> podemos afirmar que en el Oeste por primera vez usó el término «Esposa del Espíritu Santo» San Francisco de Asís<sup>71</sup>. Después de San Francisco varios autores utilizaron esta formulación, por ejemplo: San Luis María Grignon de Montfort<sup>72</sup>,

64. Cfr. W. SIWAK, *Fiat mihi...*, 169-172.

65. Cfr. PSEUDO-METODIO DE OLIMPIA, *Sermo de Simeone et Anna, quo die Dominico in templo occurrerunt; ac de sancta Deipara*, III. PG 18, 353.

66. Cfr. K. WITTKEMPER, «Braut. IV Dogmatik», en R. BÄUMER-L. SCHEFFCZYK, *Marienlexikon*, I, EOS Verlag Erzabtei St. Ottilien 1988, 569.

67. Cfr. PSEUDO-ILDEFONSO, *Sermo VI. De Assumptione Beatae Mariae Sextus*, PL 96, 266.

68. Cfr. R. LAURENTIN, *Dieu Seul est ma Tendresse. Rene Laurentin présente L.M. Grignon de Montfort. Le secret de Marie. Sa vie —son expérience spirituelle— sa théologie —son actualité—*, Paris 1984, 183.

69. COSMA VESTIDOR, *Sermo in ss. Joachimum et Annam Gloriosis Dei Genitricis Mariae Parentes*, PG 106, 1006.

70. Cfr. O. RINDEN, «De Seraphici Patris Francisci habitudine erga beatissima Virginem Mariam», en *Regina Immaculata* (red. M. de Pobladura), Roma 1955, 39.

71. Véase: Św. FRANCISZEK Z ASYŻU, «Oficium o Męce Pańskiej. Antyfona», en *Pisma Św. Franciszka i Św. Klary* (red. K. Ambrożkiewicz), Warszawa 1992, 136.

72. Cfr. SAN L.M. GRIGNON DE MONTFORT, «Tratado de la verdadera devoción a María», en *Obras de San Luis María Grignon de Montfort* (red. N. Pérez-C.M. Abad), Madrid 1954, 439-587, n.º 4, 5, 20, 25, 34, 36, 49, 152, 164, 213, 217, 269.

San Maximiliano Kolbe<sup>73</sup>, o León XIII<sup>74</sup>, Pío XII<sup>75</sup> y Pablo VI<sup>76</sup>. Este título tiene su fundamento dogmático y existe en la historia de la literatura cristiana; sin embargo, es menos tradicional que «el Santuario del Espíritu Santo», y se prestó a falsas interpretaciones<sup>77</sup>. Para los Padres de la Iglesia, el Espíritu Santo es «el poder del Altísimo», «dynamis» del Padre y por eso el término «esposa» conviene mejor a Dios Padre<sup>78</sup>.

Merece la pena tener presente que ni el Concilio Vaticano II, ni el último *Catecismo de la Iglesia Católica* utilizaron el título: «Esposa del Espíritu Santo». Por eso debemos preguntarnos por qué Juan Pablo II utiliza frecuentemente dicho término respecto al cual algunos teólogos dicen que es incierto y dudoso. Podemos encontrar dos respuestas para nuestra pregunta:

1. Es evidente que Juan Pablo II está bajo la inspiración de San Maximiliano Kolbe y San L.M. Grignon de Montfort. Para ambos santos, el término «Esposa del Espíritu Santo» es clave.

2. La formulación: «Esposa del Espíritu Santo» es más personal; aquí la referencia al Espíritu Santo es más personal y dinámica, que coincide con la teología personalista del Papa.

Para entender correctamente nuestra formulación mariana, hay que hacer referencia a su significado bíblico y, una vez que sea claro el sentido de la palabra «esposa» podemos dar paso al pensamiento de Juan Pablo II. El contenido teológico de este término se puede dividir en cuatro puntos<sup>79</sup>.

### 2.1. *María como la Esposa del Espíritu Santo*

La palabra bíblica «kállah» se traduce al español como «esposa». Este término hebreo tiene varios significativos: «novia» (cfr. Jl 2, 16; Jr

73. Cfr. SAN MAXIMILIANO KOLBE, *Konferencje Świątego Maksymiliana Marii Kolbe-go*, Niepokalanów 1990, 101, 143, 169, 290, 312, 395, 428, 436.

74. Cfr. LEO XIII, *Acta Leonis XIII*, XVII, Roma 1898, 148.

75. Cfr. PÍO XII, «Bendito seja o Senhor», AAS 38 (1946) 266.

76. Cfr. PABLO VI, «Gaudete in Domino», AAS 67 (1975) 304.

77. Cfr. AA.VV., *Mariología fundamental. María en el Misterio de Dios*, Salamanca 1995, 314.

78. Cfr. J.M. ALONSO, «Trinidad», en S. DE FIORES-S. MEO (dirs.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid 1988.

79. Estudiando esta cuestión me inspiró el trabajo de W. SIWAK, «Maryja-Oblubienica Duchy Świątego. Wprowadzenie do teologii tytułu», en *Resovia Sacra. Studia Teologiczno-Filozoficzne Diecezji Rzeszowskiej* 4 (1997) 42-44.

2, 32; 7, 34; 25, 10; 33, 11; Is 49, 18; 61, 10)<sup>80</sup> o «nuera» (cfr. Jl 2, 16; Jr 2, 32; 7, 34; 25, 10; 33, 11; Is 49, 18; 61, 10). El término griego «nymfe» significa: «novia» (cfr. Ap 18, 23; 22, 17; Jn 3, 29; Mt 25, 1), «esposa» (cfr. Ap 21, 2.9) o «nuera» (cfr. Lc 12, 5; Mt 10, 45). Aquí la palabra bíblica «esposa» está colocada en el contexto de noviazgo o de matrimonio. Esposa es aquella que por la alianza matrimonial está o estará junto con su amado.

Sin embargo, el término «esposa» incluye no sólo contenido jurídico respecto al matrimonio, sino que significa algo más profundo. En el libro de Isaías leemos que el mismo Dios se hace llamar como «esposo» de Su pueblo (cfr. Is 54, 5)<sup>81</sup>. También el profeta Oseas muestra el amor fiel de Dios a Israel—la esposa infiel— (cfr. Os 1-3). La realidad sponsal aparece en el libro de Jeremías que expresa así el amor eterno de Dios a Su pueblo (cfr. Jr 2, 2)<sup>82</sup>.

En los documentos escritos por Juan Pablo II, el término «esposa» rara vez está utilizado en dimensión pneumatológica<sup>83</sup>. En sus encíclicas, dicho término se refiere a Cristo, a la Iglesia o a San José. Sin embargo, otros textos papales hablan más a menudo sobre María-esposa en el contexto pneumatológico<sup>84</sup>.

Según Juan Pablo II, María se convierte en «Esposa del Espíritu Santo» precisamente en el momento de su «fiat»<sup>85</sup> pronunciado bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sin embargo, algunos teólogos no comparten esta interpretación papal del título «Esposa del Espíritu Santo», porque no ven suficiente sustento para vincular dicho título al «fiat» pronunciado en nombre de la humanidad<sup>86</sup>. Aunque esta vinculación afirmada por el Papa no es evidente (en cuanto aparece en un plano secun-

80. Especialmente en el contexto de matrimonio cercano o de mismo casamiento.

81. «Porque tu esposo es tu Hacedor. Yahveh Sebaot es su nombre (...)».

82. «Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti» (Jr 31, 1).

83. Cfr. *RM 26, Dominicae cenae (DC) 13*.

84. W. SIWAK, *Fiat mibi...*, cit., 165-169.

85. «(...) la Iglesia saluda a María de Nazaret como su exordio, ya que en la Concepción inmaculada ve la proyección, anticipada en su miembro más noble, de la gracia salvadora de la Pascua y, sobre todo, porque en el hecho de la Encarnación encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María: al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer «fiat» de la Nueva Alianza, prefigura su condición de esposa y madre», *RM 1*.

86. Cfr. W. SIWAK, «Maryja jako Oblubienica Duchy Świętego», en AA.VV., *Duch Święty a Maryja*, Częstochowa 1999, 208 s.

dario en su discurso mariológico), sin embargo existe en la enseñanza de la Iglesia, y no puede escapar a la atención de los estudios mariológicos.

El Papa expresa la vinculación extraordinaria y mística entre el Espíritu Santo y María, usando a veces el término «Esposa» en dimensión pneumatológica. Este vínculo está fundamentado en la fe y también en la obediencia de la voluntad y de la inteligencia de María. El Obispo de Roma lo dice en su encíclica *Redemptoris Mater*:

«El Espíritu Santo ya ha descendido a Ella, que se ha convertido en su esposa fiel en la anunciación, acogiendo al Verbo de Dios verdadero, prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él; más aún, abandonándose plenamente en Dios por medio de la obediencia de la fe, por la que respondió al ángel: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”»<sup>87</sup>.

Para ser capaz de entrar en una nueva relación con Dios, María, en virtud de su «potencia obediencial», es transformada por Dios, también y concretamente en su corporeidad. Esta «obediencia de la fe» señalada por el Papa implica, por parte de María, una actuación que es más amplia que la fe, es decir, la actuación de una gracia de maternidad única, de la que surge la fe, por supuesto motivada por la tercera Persona de la Trinidad Santa<sup>88</sup>.

En opinión de R. Laurentin, el contenido de la palabra «esposa» permite entender mejor la expresión «Esposa del Espíritu Santo» como imagen de amor que caracteriza al Espíritu Santo, María y las obras divinas<sup>89</sup>, como imagen de amor que el Espíritu Santo ofreció a María: «El Espíritu Santo te amó como a su *Esposa* mística (...)»<sup>90</sup>. Por eso, María no es simplemente el instrumento, sino la condición directa y positiva de la Encarnación, su aspecto humano. Juan Pablo II llama a María la Esposa más pura y más sensible<sup>91</sup> y parece que, según el Papa, la palabra

87. RM 26; «María entró en la historia de la salvación del mundo mediante la obediencia de la fe. Y la fe, en su esencia más profunda, es la apertura del corazón humano ante el don, ante la autocomunicación de Dios por el Espíritu Santo», *DeV* 51.

88. Cfr. AA.VV., *Mariología fundamental...*, cit., 371.

89. Cfr. R. LAURENTIN, *Dieu Seul est ma Tendresse...*, cit., 183.

90. JUAN PABLO II, *Oraciones de Juan Pablo II a la Virgen*, Madrid 1990, 49.

91. Cfr. P. BETETA, *María en el centro de la Trinidad Divina. El Papa habla de la Hija, Madre y Esposa de Dios*, Valencia 1999, 31.

más adecuada para expresar la relación entre el Espíritu Santo y María es «el amor»<sup>92</sup>. El Espíritu le hace saber a María cuál es el amor del Padre por el mundo y por Su Hijo. Así, María es el lugar de este amor de Dios, que en su seno se convirtió en un solo ser, Jesús. María aceptó esta muestra de amor, permitiendo de este modo que Dios manifieste Su amor a través del Espíritu Santo. En ese mismo instante, la respuesta eterna del Hijo al Padre comienza a «expresarse» humanamente, a impulsos del Espíritu, en lo más profundo del ser de María<sup>93</sup>.

En la historia del pueblo hebreo, Dios no había obrado nunca como esposo para dar la fecundidad desde una mujer estéril; dejaba a la pareja humana su rol físico, limitándose a dar fruto a la unión. En el misterio de la Encarnación, por el contrario, el Paráclito hace las veces del esposo humano para una generación que no deriva de una unión corpórea. Aquí el papel de esposo es desarrollado por el Espíritu Santo que, en el misterio trinitario, es el Amor en persona, por medio del cual se expresa la unión del Padre con el Hijo y la unión de Dios con la humanidad. Ellos vienen al encuentro de María para manifestarle el amor divino y cumplir en ella el acto más decisivo de la historia: la concepción del Verbo<sup>94</sup>.

La gracia de la divina maternidad de la Virgen consiste en haber sido unida por medio de su espíritu al Espíritu Santo del Padre que envía a Su propio Hijo al mundo según una concepción virginal. Por el Amor increado, Cristo es concebido en el seno de María, que no es un instrumento pasivo sino cooperante con toda su fuerza espiritual. Acogiendo al Verbo, ella se une al Padre, del cual el Hijo tiene origen, y llega a ser madre por el Espíritu del Amor que ha sido donado a ella. El Espíritu Santo tiene Su origen en el Padre y encuentra en Él la fuerza de fecundar el seno de la Virgen para ofrecer al mundo al Cristo, prometido desde la eternidad. Por esta razón, no hay error al afirmar que él es Amor materno y Amor fecundo. «Es Amor divino en el Padre en relación con Cristo divinamente concebido y es el mismo Amor divino en la Virgen en relación a Cristo humanamente concebido. El único Cris-

92. Cfr. W. SIWAK, *Maryja jako Oblubienica...*, cit., 206.

93. Cfr. P. FERLAY, *María, madre...*, cit., 80-82.

94. Cfr. J. GALOT, «La Vergine Maria e lo Spirito Santo», en *La Civiltà Cattolica* 140 (1989), III, 215.

to es el Hijo del Padre consubstancial a él según la divinidad y consubstancial a nosotros por María según la humanidad»<sup>95</sup>.

La concepción física según la carne en María es sólo un aspecto de su auténtica y total maternidad. Sólo el hecho de que esta concepción fue realizada en ella (con su cooperación) por obra del Espíritu Santo puede dar razón de la afirmación de fe: María es *Theotokos*. El amor materno, que en la mujer es un principio de su actividad de generación humana, en María es elevado por el Amor divino, en el cual Cristo viene eternamente concebido como don del Padre prometido a los hombres. No existe ninguna maternidad humana más perfecta que la de María, Madre de Dios. Su actividad física de generación, totalmente subordinada a la actividad de su amor humano materno, está bajo el influjo del Don divino, del Amor del Padre que envía al propio Hijo al mundo. Así se explica la capacidad natural y sobrenatural de la mujer que llega a ser madre. La divina maternidad es un don divino, el más grande regalo a una criatura.

Presentando más abajo otras locuciones papales, queremos constatar que en el pensamiento del Romano Pontífice, María recibe de parte del Espíritu Santo un amor extraordinario y que ella responde al amor del «Esposo» con su amor profundo y puro.

En el momento de la Anunciación, el Espíritu Santo ha descendido sobre María y la ha convertido en Su esposa<sup>96</sup>. Para el Papa, el Espíritu Santo «(...) es quien, en la relación trinitaria, expresa en su persona el amor nupcial de Dios, el amor eterno. En aquel momento [de la Anunciación] Él es, de modo particular, el Dios-Esposo. (...) En este sponsalicio divino con la humanidad, María responde al anuncio del ángel con el amor de una esposa (...) Sólo este perfecto amor nupcial, profundamente enraizado en su completa donación virginal a Dios, podía hacer que María llegase a ser Madre de Dios de modo consciente y digno, en el misterio de la Encarnación»<sup>97</sup>. La actitud fundamental de María y, a la vez, de Cristo es la de aceptar la voluntad del Padre, dejarse amar por Él y responderle con una generosidad que sólo el Espíritu Santo puede suscitar. María se dejó amar por Dios, es decir, acogió Sus do-

95. A. FUSI, *Ha creduto...*, cit., 191.

96. Cfr. J.L. BASTERO, «María en el misterio de Cristo», *ScrTh* 19 (1987) 647.

97. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 201.

nes y se confió a Su guía. El amor de María a Dios se convierte en ella en maternidad sin quitar nada de su realidad de esposa tanto frente a Dios como frente a los hombres. Ella fue la mujer del único amor de alcance pneumático. El amor del Espíritu Santo se realizó en su virginal concepción materna, que no fue otra cosa que amar a Dios.

En opinión del Papa, María debe y puede ser llamada «Esposa del Espíritu Santo» porque en el momento de la Anunciación respondió positivamente a la intención divina ante el «Dios-Esposo»<sup>98</sup>.

«En este sponsalicio divino con la humanidad, María responde al anuncio del ángel con el amor de una esposa, capaz de responder y adaptarse de modo perfecto a la elección divina. Por todo ello, desde el tiempo de San Francisco de Asís, la Iglesia llama a la Virgen Esposa del Espíritu Santo»<sup>99</sup>.

Queremos prestar atención a un dato muy interesante en el pensamiento de Juan Pablo II, que puede ser tratado como objeto de discusión. El Papa opina, que la expresión «Esposa del Espíritu Santo» implica que María pronunció su «fiat» en el nombre de toda la humanidad, de toda la naturaleza humana. Ella es «(...) el tipo y el modelo, en la Nueva Alianza, de la unión nupcial del Espíritu Santo con los individuos y con toda la comunidad humana (...)»<sup>100</sup>. Otra cita presenta esta idea más claramente aún:

«Ella es también la virgen esposa a la que se concede concebir y dar a luz al Hijo de Dios: fruto particular del amor nupcial de Dios hacia la humanidad, representada y casi comprendida en María»<sup>101</sup>.

Entonces María se convirtió en Esposa del Espíritu Santo desde el momento de la Encarnación<sup>102</sup>, dando el cuerpo humano a Cristo. Por esto el Papa puede rezar:

«Tú, que has conocido del modo más pleno la fuerza del Espíritu Santo, cuando te fue concedido concebir en tu seno virginal y dar a luz al Verbo Eterno (...) ¡Espíritu Santo Dios! ¡Que con el Padre y el Hijo

98. «El Espíritu Santo (...) es de modo particular, el Dios-Esposo», JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 201.

99. *Ibid.*

100. *Ibid.*, 202.

101. *Ibid.*, 200.

102. Cfr. JUAN PABLO II, *Juan Pablo II al sacerdocio*, ed. J.A. Abad, Pamplona 1982, 16.

eres adorado y glorificado! ¡Acepta estas palabras de humilde entrega dirigidas a Ti en el corazón de María de Nazaret, tu Esposa (...)»<sup>103</sup>.

La «Esposa del Espíritu Santo» recibió la plenitud de los dones del Espíritu Santo: «El Espíritu Santo te amó como a su Esposa mística y te colmó de dones singulares. Tú te dejaste modelar dócil a su acción escondida y poderosa»<sup>104</sup>. En este lugar hay que señalar que todos los dones del Espíritu son una gracia de amor. Colocando este título al lado del otro, «Sedes Sapientiae», Juan Pablo II subraya el don de sabiduría que recibió la Madre de Dios:

«(...) María había conservado en su memoria, había tratado de entender, y sobre todo había creído y meditado en su corazón. (...) Aquella meditación, aquella profundización interior, se realizaba bajo el influjo del Espíritu Santo. (...) El Espíritu Santo, que hace entender a los creyentes y a la Iglesia el significado y el valor de las palabras de Cristo, ya obraba en María que, como madre del Verbo encarnado, era la “Sedes Sapientiae”, la *Esposa* del Espíritu Santo (...)»<sup>105</sup>.

El don de sabiduría es la cima de la vida espiritual. El Espíritu Santo actuando en María la hace sede de la Sabiduría que sabe e interpreta en la fe los hechos que exigen respuestas en el misterio salvífico de Cristo. De este modo María crece como discípula y Madre<sup>106</sup>, porque el don de sabiduría perfecciona la fe de María y su virtud de la caridad<sup>107</sup>.

Como ya hemos señalado antes, Juan Pablo II habla sobre la Esposa del Espíritu Santo generalmente en el contexto del amor. Presenta a María como el modelo del amor para las familias:

«Esposa del Espíritu Santo —Madre de Cristo—, enseña sin cesar a nuestras familias este amor, que el hombre nunca podrá aprender más que en la familia: el amor de los padres a los hijos, el amor de los hijos a los padres, el amor conyugal, el amor fiel, humilde, paciente y servicial»<sup>108</sup>.

103. JUAN PABLO II, *María, Madre de Dios...*, cit., 4.

104. JUAN PABLO II, *Oraciones...*, cit., 49.

105. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 223.

106. Cfr. *RM* 17.

107. Cfr. J. POLO, *María, sagrario...*, 710; M.M. PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Barcelona 1966.

108. JUAN PABLO II, «El nacimiento de nuestro Redentor», *LOR* 52 (1986) 1.

Hablando para las hermanas religiosas dijo: «Os encomiendo a María, Esposa del Espíritu Santo, Madre del Amor más hermoso»<sup>109</sup>.

El Papa usó dicho término mariano también con motivo del sacramento sacerdotal<sup>110</sup> y de la consagración de los religiosos<sup>111</sup>. Concelebrando la misa con los nuevos cardenales, subrayó en su homilía el valor y el significado del amor dentro de la Iglesia y, dirigiéndose a ellos, dijo:

«Amor que deseo para vosotros juntamente con el Pueblo de Dios, que está en Roma y en el mundo. Pongo mi deseo en las manos de la Madre de la Iglesia y Esposa del Espíritu Santo»<sup>112</sup>.

Hablando sobre la Esposa del Espíritu Santo y su relación esponsal con la tercera Persona de la Trinidad Santa hay que recordar dos cosas:

1. No se trata sobre el matrimonio, porque el Espíritu Santo siempre conserva la trascendencia divina y la naturaleza nupcial de Su amor que es completamente sobrenatural y espiritual<sup>113</sup>;

2. bajo ningún concepto Cristo puede llamarse hijo del Espíritu Santo<sup>114</sup>.

## 2.2. *La vinculación entre el Espíritu Santo y María*

La vinculación profunda entre Jesucristo y la Iglesia está presentada en el Nuevo Testamento por medio de la realidad esponsal. Esta realidad, que es modelo de la profunda y permanente vinculación, se refiere también al Espíritu Santo y María. Entre ambos existe una unión indisoluble, por supuesto no en la dimensión ontológica, sino en la dimensión moral. El Espíritu Santo se revela a través de Sus obras. Una de Sus obras particulares es todo lo que realizó en María. Por tanto, contemplando a ella se puede conocer mejor al Espíritu Santo. Parece que

109. JUAN PABLO II, «Orientaciones doctrinales, pastorales y disciplinarias», *LOR* 47 (1978) 10.

110. Cfr. JUAN PABLO II, «El sacerdote, heraldo de la palabra de Dios», en JUAN PABLO II, *Enseñanzas*, cit., X, 882.

111. Cfr. JUAN PABLO II, «El reino de Dios se revela...», cit., 2.

112. JUAN PABLO II, «Madre y Esposa», en JUAN PABLO II, *Enseñanzas...*, cit., III, 298.

113. Cfr. JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo...*, cit., 201.

114. *Procul dubio quippe non sic de illo (de Spiritu Sancto) ut de parte, sic autem de illa (de Maria) ut de matre natus est*, SAN AUGUSTIN, *De fide, spe, caritate*, PL 40, 251-252.

Juan Pablo II ve la vinculación entre el Espíritu Santo y María precisamente en esta perspectiva.

El Romano Pontífice dice que la vida de la Madre de Dios era extraordinariamente iluminada y animada por el Espíritu Santo y es el modelo de la apertura a la tercera Persona de la Trinidad<sup>115</sup>. La vinculación entre el Espíritu Santo y María se manifiesta también por la disposición de María para recibir la Verdad: «La disponibilidad de María, su apertura de corazón, es la obra del Espíritu Santo»<sup>116</sup>. Esta opinión es para nosotros muy importante y no podemos dejarla sin comentario. La existencia humana, en su dimensión más profunda, es la existencia «para». En el centro de la existencia humana hay como una orientación a la apertura a otro tipo de vida, diferente a la histórico-incidental, es decir, apertura a la eternidad como la superación definitiva de toda la dimensión de la existencia. En ese caso, «para» significa la apertura y superación de la existencia humana, para que se realice en ella el encuentro íntimo, individual y personal, es decir, la presencia del Espíritu Santo en la existencia del hombre, la presencia gracias a la cual esta existencia se hace plena y plenamente humana. La apertura del hombre, su existencia «para», su encuentro con el Espíritu Santo, es el fundamento de la individualidad e irrepetibilidad del hombre. La apertura del hombre a la eternidad significa que en cada momento de su vida está el camino abierto al encuentro entre la acción de Dios y del hombre. Esto fundamenta la libertad humana, porque el hombre siempre puede estar por encima de su situación histórica y puede superarla. Dicha superación de las limitaciones de la situación histórica surge como consecuencia del encuentro con el Espíritu Santo, es decir, con la gracia.

La apertura del hombre se puede definir por el contenido de la palabra «presencia». Sin embargo, no queremos ahora realizar un estudio lingüístico sobre ella. Queremos subrayar que el término «presencia», significa «estar ante» o «estar para». La idea de la presencia, es decir, «existir para», significa que la misma existencia del hombre puede ser en sí encuentro. Se trata del encuentro de dos presencias, dos sujetos presentes, donde «presente» significa que «puede ser encontrado». Éste no

115. Cfr. JUAN PABLO II, «Abiertos al Espíritu de Cristo: María, nuestro modelo», *LOR* 26 (1984) 11.

116. *Ibid.*

es un encuentro de sujetos iguales. El mismo encuentro significa la definitiva y plena formación de la subjetividad del hombre que encuentra a Dios, porque su existencia es la presencia, es decir, un «existir para» Dios. Dicho de otro modo: encuentro es la respuesta de Dios al deseo ontológico del hombre. Esta respuesta tiene que ser calificada solamente como una posibilidad y un don libre, porque es realmente regalada al hombre.

La maternidad de María en que se resume, revela y cumple el sentido de su vocación, debemos entenderla como el encuentro que se realiza en ella y por ella. Si el fruto de la maternidad de María es Cristo, Él mismo es el encuentro y unidad entre Dios y el hombre; entonces, la fuente de la maternidad de María es también la realidad de encuentro. La historia de María es la historia del encuentro más pleno del hombre con Dios, hasta la unión que significa la concepción en ella del Hijo de Dios. En María se manifestaron las limitaciones del encuentro posible en el hombre. Si en María el encuentro con Dios era total, entonces, en esta totalidad se puede ver su maternidad, que en su dimensión humana es también encuentro. En María, el aspecto humano de encuentro está impregnado de la unión con Dios. Si el fruto del maternal encuentro humano es la existencia de una nueva persona, entonces el fruto de la maternidad transformada de María es la presencia histórica de la Persona, en la cual la unidad de Dios con el hombre es más perfecta, y esta misma Persona es el encuentro definitivo y total.

Según el Papa, María está «emparentada» con el Espíritu Santo:

«La Madre del Hijo de Dios nació de modo excelso de Dios: del seno de la Santísima Trinidad. Está “emparentada” espiritualmente con Dios mismo. Le decimos: Hija del Eterno Padre, Templo del Espíritu Santo, Madre del Hijo. Pero también decimos a veces: “Filia Tui beati Filii”: Hija de tu bienaventurado Hijo. Así es, efectivamente, en el orden de la gracia, en la divina economía de la redención»<sup>117</sup>.

Esta expresión es muy interesante. Probablemente éste es el único lugar donde el Obispo de Roma usó el término «emparentar» para mostrar la unión de María con Dios. Está claro que aquí no se trata de unión hipostática, sino de perfecta sinergia entre el Espíritu Santo y María en

117. JUAN PABLO II, «El misterio de la Inmaculada...», cit., 24.

una sola acción ya que su acción bajo la influencia del Espíritu es engendrar a Cristo según la humanidad. En consecuencia, toda la vida de la Madre de Dios es comprensible si se reconoce en ella el influjo extraordinario del Espíritu Santo.

Acentuando la entrega de María al Espíritu Santo, Juan Pablo II dijo:

«¡Tú, que más que ningún otro ser humano has sido confiada al Espíritu Santo, ayuda a la Iglesia de tu Hijo a perseverar en la misma entrega a fin de que pueda derramar sobre todos los hombres los inefables bienes de la redención y de la santificación, para liberar a toda la creación!»<sup>118</sup>.

Desde la gracia maternal, María se entrega totalmente en la fe que brota de esa misma gracia.

Gracias a su entrega, María se convirtió en la criatura que en todo está dominada sólo por el Espíritu. Según el Papa, María representa el ideal del auténtico hijo de Dios, que en todo y exclusivamente es movido por el Espíritu Santo.

Además, el vínculo profundo entre el Espíritu Santo y María es real porque ella-Esposa del Espíritu Santo es llena de gracia, es decir, «María es la Virgen del Espíritu». Desde el primer momento de su existencia, estuvo llena de gracia (Lc 1, 28), es decir, llena del Espíritu Santo. Y en el cenáculo de Pentecostés la encontramos con los Apóstoles y los demás discípulos en espera orante de ser revestida «de poder desde lo alto» (Lc 24, 49)<sup>119</sup>.

No es posible percibir el sentido de las palabras «llena de gracia, el Señor está contigo» si nos concentramos sólo en María o si pensamos que la plenitud de gracia es «algo» que ella recibió del Espíritu Santo y ahora es su propiedad<sup>120</sup>. Este modo de pensar es un poco peligroso porque nosotros no tratamos cuantitativamente las gracias en María. En caso contrario, «plenitud de gracia» podría ser entendida como la acumu-

118. JUAN PABLO II, «María, Madre de Dios...», cit., 3.

119. JUAN PABLO II, «Sed siempre fieles a vuestra vocación de seguimiento valiente de Cristo, sin acomodaros al estilo del mundo», *LOR* 24 (1992) 10.

120. «La gracia del Espíritu no es una posesión, no es propiedad de nadie, es comunión. Dios mismo no “posee” las riquezas de la gracia, “es” la Gracia; su riqueza es “ser” en la plenitud, y ésta es comunión», F.X. DURRWELL, *El Espíritu Santo...*, cit., 102.

lación en María de todas las gracias posibles y que entre ella y los demás existe una barrera infranqueable.

La gracia no es «algo» que se recibe de Dios de una sola vez, sino el encuentro entre Dios y hombre. María está impregnada totalmente por la gracia, es decir, llena del encuentro con el Espíritu Santo. Diciéndolo de otra manera, toda María se encuentra con todo el Espíritu Santo, es decir, también el cuerpo de María es el lugar de este encuentro impregnante que dio el fruto de la Encarnación. Sin embargo, ella no es pasiva en dicho encuentro. Todo lo contrario: su encuentro con el Espíritu Santo es la manifestación de libertad y actividad, es decir, Dios espera a María en todo y ella encuentra a Dios en todo.

Existe entonces una analogía entre el encuentro que se realizó en María y que se realiza en los fieles. Esta analogía se basa en el Espíritu Santo. María, en su encuentro con Dios, muestra que hay en cada uno de los hombres un encuentro con el Espíritu Santo y que ya no existen barreras infranqueables. La única barrera es el hombre mismo; sin embargo, en él se realiza la apertura sin límites al encuentro con el Espíritu Santo. La profundidad del encuentro de María con el Espíritu Santo muestra las posibilidades que se abren delante del hombre o mejor dicho, ella misma realiza también para el hombre estas posibilidades.

María es la primera en el encuentro con Dios en dimensión de plenitud y totalidad. Por esto, la profundidad de su encuentro con Dios abrió la profundidad del encuentro entre el hombre y Dios en la decisión libre. Lo que se hizo en María (el encuentro con el Espíritu Santo) es accesible para todos y más aún, no sólo es accesible, sino que también existe en todos. Todos los hombres pueden descubrir en sí este encuentro; todos los hombres son el lugar de este encuentro. Nos atrevemos a decir que el hombre no sería el hombre si no fuese el lugar de dicho encuentro. La Revelación significa el encuentro de Dios con el hombre que, en cierto sentido experimenta toda la vida humana. En María este encuentro alcanzó su plenitud en la Encarnación, la plenitud que es la realidad en todos los creyentes, como la imagen de Cristo en la profundidad de la existencia humana: «(...) Cristo es todo en todos» (Col 3, 11). Esto no es un ideal o un deseo, sino una realidad. La imagen de Cristo es la plenitud escondida en el hombre que puede ser descubierta; la plenitud que significa la presencia de Cristo en el hombre, y la presencia del hombre

en Cristo. En todos los hombres existe y espera Cristo, y no sólo como una promesa o anuncio, sino como plenitud escondida en el hombre.

María, que ya había recibido el Espíritu Santo en la Anunciación, lo toma de una manera nueva en orden de su nueva misión materna. La actitud creyente de María se completa en el cenáculo, donde pide al Espíritu que venga y actúe entregando al Hijo a los hermanos. La obra del Paráclito en Pentecostés consiste en mostrar a María su nueva misión materna. Por lo tanto, esta espera orante de María en el Cenáculo es aceptación de la nueva imagen de Jesucristo resucitado y simultáneamente aceptación de su nueva maternidad.

Ella es modelo de la oración porque, como señala el Papa:

«¡Ninguno de los hombres, ninguno de los santos, ha rezado tan intensamente en el Espíritu Santo como María! Cuando rezamos “Angelus Domini” rezamos en unión con Ella. Que el Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen Santísima (...) sostenga nuestra plegaria (...)»<sup>121</sup>.

El Espíritu Santo es quien suscita en los hombres el deseo de la oración. En el acontecimiento de Pentecostés vemos a María asociada a la Iglesia primitiva en la oración unánime para invocar al Espíritu Santo. Se puede afirmar que la oración mariana recibe su connotación de oración en el Espíritu Santo y al Espíritu Santo. Dicha oración se realiza en comunión con los hermanos de fe, con actitud de perseverancia y con humildad según el modelo ofrecido por María. La Madre de Dios es modelo de oración porque en ella —llena del Espíritu— la oración se identifica con la vida, más aún, toda su vida es oración pneumática que constituye el parámetro esencial de la auténtica oración cristiana. El Espíritu Santo ruega, clama en María y en los fieles. Los que rezan «Angelus Domini» se pueden abrir a los tiempos del Espíritu Santo, participando en la memoria pentecostal del acontecimiento anticipado en María.

### 3. CONCLUSIÓN

El razonamiento mariano de Juan Pablo II se encuadra en su pensamiento, esencialmente cristocéntrico y teocéntrico. No es casualidad el

121. JUAN PABLO II, «Rezar en unión con María», *LOR* 31 (1984) 1.

hecho de que la encíclica *Redemptoris Mater* haya sido publicada después de las tres encíclicas trinitarias. Es como una prolongación de ellas y, desde luego, recoge la gran riqueza de pensamiento teológico contenido en ellas, especialmente en la *Dominum et vivificantem*. Es aquí también donde encontramos cierto progreso teológico, si se puede hablar así: en la importancia que se da a la relación entre el Espíritu Santo y María y en la forma en que se plantea esta cuestión.

Juan Pablo II, quizás por su pneumatología y por las influencias de autores que le son muy queridos como San L.M. Grignon de Monfort y San Maximiliano Kolbe avanza con prudencia, pero con decisión, a la hora de aplicar a la doctrina mariana el concepto de sponsalidad como una faceta importante de la relación de María con el Espíritu Santo: el Espíritu Santo santifica a María haciéndola concebir con Su poder (ya el Vaticano II había anotado que la fecundidad de la carne de María pertenece también a la obra de santificación que el Espíritu Santo hace en ella); María vive confiada una entrega esponsal al Espíritu Santo.

Dr. Jarosław JASIANEK  
KALISZ